

De la Mesa del Director: III Domingo de Cuaresma

Hacer una pausa para examinar nuestro templo interior (Jn. 2,13-25)

Por Antonio Masferrer, S.J.

En el Evangelio de hoy nos encontramos con una escena que podría sorprendernos: la purificación del Templo. Pero en lugar de centrarnos solo en la imagen de Jesús volcando las mesas de los cambistas y expulsando a los vendedores, este pasaje nos ofrece la necesaria oportunidad de hacer una pausa en nuestra vida y examinar nuestro templo interior.

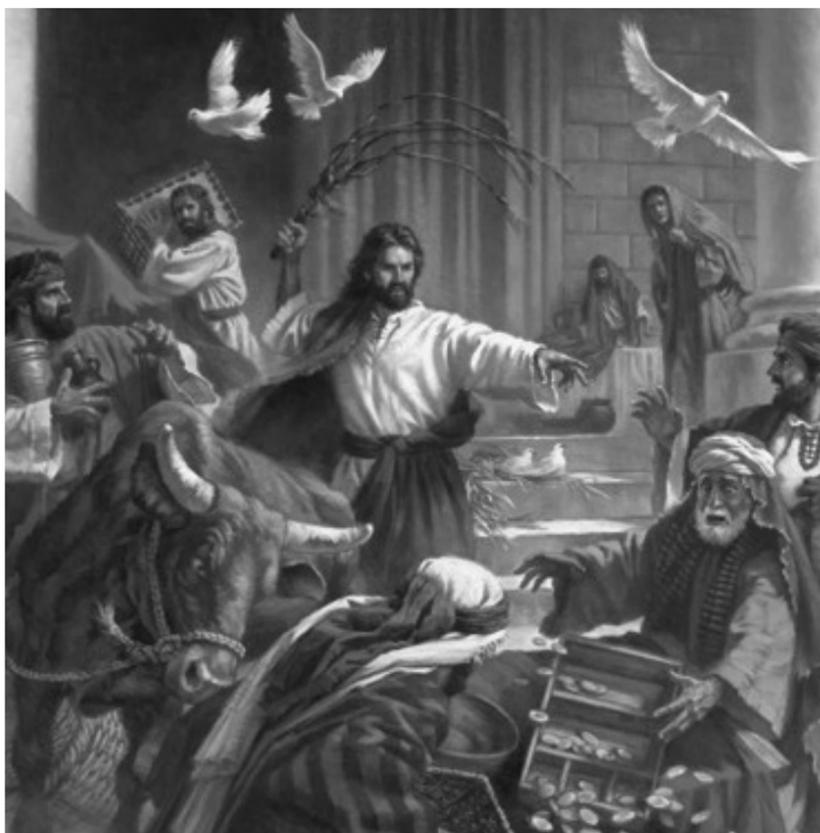
Imagina por un momento el escenario. El Templo, el lugar más sagrado para los judíos, se había convertido en un mercado. Se había perdido la reverencia por la casa de Dios. Jesús, al presenciar esto, no pudo quedarse indiferente. Sintió una profunda indignación por la falta de respeto hacia el lugar de adoración.

¿Qué nos dice esto a nosotros? Nos recuerda la importancia de mantener la pureza y la reverencia en nuestros sentimientos, pensamientos y actitudes, que son lugares de encuentro con Dios. El texto evangélico no solo remite a los templos físicos, sino también a nuestros corazones, que son templos del Espíritu Santo. ¿Hemos permitido que el mercado del egoísmo, el materialismo o la indiferencia entre en nuestro interior? Jesús nos invita hoy hacer limpieza profunda, para así poder voltear las mesas de la indiferencia y expulsar las actitudes que nos alejan de Dios.

Pero aquí viene la parte más hermosa de este pasaje. Después de la purificación del Templo, los judíos pidieron a Jesús una señal que demostrara su autoridad. Y Jesús respondió: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Jn. 2, 19). Ellos pensaron que se refería al templo físico, pero Jesús hablaba de su propio cuerpo, su muerte y resurrección. Esto nos revela la verdadera esencia de la fe cristiana: Jesús es el templo

viviente, la presencia de Dios entre nosotros. Su muerte en la cruz y resurrección nos ofrecen la oportunidad de purificar nuestros corazones y experimentar la comunión con Dios de una manera nueva y profunda. Podemos permitir que su muerte y resurrección sean la señal de su autoridad en nuestras vidas.

Que este pasaje nos inspire a hacer una pausa en nuestras vidas agitadas y a examinar nuestros corazones. ¿Hemos permitido que el “mercado” de preocupaciones mundanas ocupe un lugar en nuestro interior? Invitemos a Jesús a purificar nuestros templos y a experimentar su presencia viva en nosotros. Así, como templos vivientes, reflejaremos su amor y su luz en nuestro entorno.



El nacimiento

Por Esteban L. Aquino Nieto



Es difícil resumir en pocas palabras el significado de nacimiento. Cuando nacemos tomamos conciencia del entorno, de los olores, de la luz, de los sonidos, de nuestra familia..., cuando nacemos tomamos conciencia de nuestra existencia.

Poco a poco, aprendemos a caminar, a hablar, a llorar y a reír, también qué nos hace bien y qué nos hace mal. Pero ese es el nacimiento físico, biológico. En este texto quiero referirme a otro “nacimiento”, uno que me fue dado sin mi consentimiento, sin tener conciencia de su naturaleza, a solo cuatro meses de salir del vientre de mi madre. Un nacimiento que, aunque incluye un elemento esencial para la materia (el agua), se trata de un comienzo puramente espiritual: el Bautismo. De este nacimiento solo tomé conciencia cuarenta y nueve años después.

Una vez aprendí el significado de la palabra iniciación. Iniciar un camino nuevo implica aprendizaje, sufrimiento, esfuerzo; asimismo, incluye felicidad, compromiso, responsabilidad. La iniciación cristiana, conocida como Bautismo, es solo el comienzo de un largo camino lleno de rosas con sus respectivas espinas. Si solo miramos las espinas, no alcanzamos a ver la belleza de las rosas. Sin embargo, si aprendemos que esas espinas son parte de las rosas, percibiremos el rocío que nos refresca en cada amanecer.

Durante mi infancia y juventud nunca tuve una educación religiosa. Si bien mi abuela y mi madre eran de formación católica y vivían su fe de forma discreta, mi padre no era practicante y su intolerancia religiosa pesó más dentro del seno familiar. No obstante, recibí una formación basada en el respeto, la unión familiar y los valores morales comunes a cualquier familia honesta y humilde. Con los años, profundicé en diversas maneras de vivir la fe, pero siempre quedaba una sensación de vacío, algo faltaba. Muchos eran los caminos hacia Dios, pero no alcanzaba a ver el mío. Sin embargo, siempre estuve ahí, mis padres me lo habían regalado con apenas cuatro meses de vida.

Un día, mi hija pequeña me dijo: “Quiero ser cristiana”. ¿Qué podía responderle yo? Ni ella ni mi esposa habían sido bautizadas, y yo no sabía absolutamente nada, solo teníamos la fe. Luego de conversarlo, decidimos dar el primer paso: acercarnos a la Iglesia. Fue entonces que juntos comenzamos nuestro camino. Lo primero fue prepararnos, instruirnos, conocer qué es la iniciación cristiana y, sobre todo, qué gran responsabilidad teníamos que asumir. Tras varios años de preparación, ellas fueron bautizadas, y yo viví mi bautismo a través de sus experiencias.

Al mirar atrás, veo que mi vida siempre fue bendecida por este nacimiento, y hacerlo consciente era la mejor forma de honrar a mis padres. Descubrí que ellos no me dieron una educación religiosa, pero sí una educación cristiana. Hoy vivo el proceso de conversión día a día, y con solo pensar en ese nacimiento, recupero las fuerzas para continuar, refrescándome con el rocío de esas rosas, como sucede con las gotas de agua que caen en nuestra cabeza durante el bautismo.

SANTORAL

D 3 Stos. Emeterio y Celedonio, mártires / **L** 4 S. Casimiro, religioso / **M** 5 Stas. Perpetua y Felicidad, mártires / **M** 6 S. Olegario, obispo / **J** 7 S. Claudio de la Colombiere, presbítero / **V** 8 S. Juan de Dios, religioso / **S** 9 Sta. Francisca Romana, religiosa

La sugerente esperanza del salmo 18

P. Jesús Marcoleta, Diócesis de Matanzas

No hay camino ni remedio a nuestros males ni itinerario pedagógico para acercarnos mejor y vivir en Dios como el de la oración, el hablar como entre amigos con el Señor.

Llegué tarde a la época en la que el mundo había roto su paso sosegado y meditabundo, descentrado de Dios, ensimismado en el hombre, confiado ciegamente en la redención del género humano por la vía de las ciencias. Así, sigilosa, se marchitaba la esperanza. Fueron los días, y me los perdí, en los que Michel Quoist invitaba a las *Oraciones para rezar por la calle*. Un título con olor de urgencia y de carencias.



Para orar con los salmos no hay que ser una persona culta, porque en su escuela nos vamos convirtiendo en poetas de Dios. Ellos son un reto a la valentía de dejarnos conducir hasta el Misterio y, una vez en Él, hacernos a la mar del silencio. Son la plegaria más sublime de Israel y de la Iglesia. Reflejan el entramado de sentimientos y actitudes de los que han buscado y encontrado en Dios en quién y para quién vivir.

El salmo 18 (17), canto de gratitud del rey que ha sido arrojado por el Señor en la victoria, es la efusión del que, envuelto en neblinosas jornadas, llenas de dudas, desengaños, pletórico de desalientos y desesperanzas, se asoma al pórtico luminoso del protector, de la peña que baña en claridades de estabilidad y firmeza.

Qué puede alejarnos de Él, qué descalabro de la vida, de los hermanos, de la sociedad puede separarnos de su amor. El salmo 18 aborda el miedo que percibimos cuando nos cercan los lazos de la muerte, y allí desde la sima donde emerge el grito de angustia humilde y esperanzado que mueve el oído divino, rompe el orden del cosmos y tiende la mano, saca del mar inmenso, salva de los enemigos y devuelve a la libertad porque Dios sólo sabe amar.

Volver a los salmos, orar con las palabras del Dios que se interesa por nuestros cansancios para aliviarlos, que calma la tempestad, que construye sobre roca y que con tono mandatorio y seguro del porvenir suplica “no teman”, se dibuja hoy como un camino eminente a emprender.

Necesitamos, dijo Benedicto XVI, esperanzas más grandes o más pequeñas que nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esa gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar (Cfr.: *Spe Salvi* 31).

Es verdad que corren tiempos recios, la opacidad de lo incierto gardea sin cesar en torno nuestro. Sin embargo, Dios gusta de poner luz en la noche: fue de noche la gesta del Éxodo, de noche el nacimiento en Belén, la noche cayó sobre el Gólgota. Muchísima noche parecía firme cuando la semilla le brotó al sepulcro y corrió la piedra. Razón llevan los que afirman que nunca es más oscuro que cuando la aurora avanza decidida.

Ex 20,1-17	“La Ley se dio por medio de Moisés”
Sal 19 (18)	“Señor, tú tienes palabras de vida eterna”
1 Cor 1,22-25	“Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los hombres, pero, para los llamados, sabiduría de Dios”
Jn 2,13-25	“Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré”
L 2 Re 5,1-15a/ Sal 42 (41)/ Lc 4,24-30	“Jesús, igual que Elías y Eliseo, no ha sido enviado únicamente a los judíos”
M Dn 3,25.34-43/ Sal 25 (24)/ Mt 18,21-35	“Yo te digo que perdones no solo siete veces, sino hasta setenta veces”
M Dt 4,1.5-9/ Sal 148 (147)/ Mt 5, 17-19	“Quien cumpla y enseñe mis mandamientos será grande”
J Jr 7,23-28/ Sal 95 (94)/ Lc 11,14-23	“El que no está conmigo está contra mí”
V Os 14,2-10/ Sal 81 (80)/ Mc 12, 28b-34	“El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y lo amarás”
S Os 6,1-6/ Sal 51 (50)/ Lc 18, 9-14	“El publicano bajó a su casa justificado, y el fariseo no”

Domingo 10 de marzo: IV de Cuaresma

2 Crónicas 36,14-16.19-23; Salmo 137 (136); Efesios 2,4-10; Juan 3,14-21

Mercaderes*José María R. Olaizola, S.J.*

Hay que enfadarse y gritar
 contra el que profana vidas,
 el vendedor de apariencias,
 contra el mercader de credos
 y el usurero de penas.

Hay que devolver un ‘no’
 a quien comercia con guerras,
 y oponer la fe desnuda
 a las armas, a las fieras
 que a zarpazos amenazan
 esta humanidad hambrienta
 de sentido, de palabra,
 de esperanza, de inocencia.

Hay que tirar por el suelo
 las mesas de los cambistas
 que regatean con leyes
 y manipulan conciencias.
 Plantarle cara a lo indigno,
 aunque resistir convierta
 en incómodo a quien lucha,
 en peligroso al que alega
 que no es amar un negocio,
 ni el egoísmo bandera.

Hay que despejar el templo
 de cerrojos y cadenas,
 de credos atornillados,
 y corazones de piedra.
 Hay que silenciar el ruido,
 y dar voz a los profetas.